

ANTONIO GARCIA VERDUCH (*)

La paloma de Iglesia

Al Partido Socialista parece haberse escapado el pueblo y, ante esa situación, sus altos dirigentes se han congregado para meditar y para decidir los modos de iniciar su búsqueda. ¿Dónde está el pueblo? ¿Dónde está el grueso del pueblo, ese grueso que, una vez rodeado como un banco de sardinas, les permitía atestar parlamentos?

No importa en qué lugar del espectro político se haya refugiado el pueblo. el pueblo es poder, y el Partido Socialista se ha propuesto recuperarlo, esté donde esté.

El espectro político es como una cuerda tensa, sujeta por sus extremos, derecho e izquierdo, sobre la cual realizan los políticos sus ejercicios de funambulismo.

Los funámbulos socialistas, reunidos en cónclave, han reafirmado su convicción de que lo más importante en estos difíciles momentos es mantenerse en la cuerda, en cualquier lugar de la cuerda, aunque sea agarrados con los dientes. Ahora no se puede perder el tiempo discutiendo si hay que ir hacia la derecha o hacia la izquierda, porque lo verdaderamente urgente es hallar un sitio libre en la cuerda, donde poder agarrarse. No es ocioso recordar que los socialistas, aquellos entusiastas jóvenes socialistas, llegaron al poder con una clara ideología, heredada de generaciones anteriores, con una ideología normalizada, descrita hasta la saciedad en los textos doctrinarios, y aprendida de carrerilla.

Lo que ha ocurrido después, al ejercer el poder, es que, de tanto disfrazarse, y de tanto decir lo que no pensaban, y de pensar lo que no decían, han emborronado el significado de su ideología, hasta el punto de hacerla irreconocible. El cotejo de sus idearios con su comportamiento político produce un pismo de asombro o un descuajaringamiento de risa.

Los dirigentes socialistas han descubierto, hasta sus últimos intrínquilis, el arte del ejercicio político, que parece consistir en decir en cada momento la mentira que más se parezca a la verdad, y con ello, han llegado a no saber dónde están con respecto a los restantes miembros de la comunidad política y, a veces, ni siquiera con respecto a sus propios conmillitones.

Da la impresión de que ahora la ideología cuenta ya muy poco. Lo importante es mantener el poder. Si una ideología no permite mantener el poder, se intenta otra, y otra, y otra, hasta hallar la ideología exacta que mejor coincida con los gustos de la mayoría.

El Partido Socialista, animoso, decidido e idealista, llegó al poder con vocación de extender el socialismo y de hacer socialista a la sociedad española, pero ahora, después de sufrir repetidas deformaciones plásticas, se conforma con ser lo que la sociedad quiera que sea, y estar donde la sociedad quiere que esté, con tal de seguir siendo y estando. Da la impresión de que se está convirtiendo en el partido de lo que sea la sociedad, o lo que es lo mismo, en una máquina de gobernar a la carta, que busca desesperadamente alianzas y mayorías para gobernar a quien sea como se le pida.

El socialismo español llegó al poder, en volandas, aupado por millones de fieles idealistas enfevolizados, pero la prepotencia y la indigestión de poder le ha llevado a jugar, finalmente, el triste papel de paloma de iglesia, que deja caer lo que no debe sobre las cabezas de los fieles.

El resultado ha sido, exactamente, el que cabría esperar, es decir, que cada uno ha salido por la puerta que tenía más cercana.

Los antiguos fieles socialistas, o bien han buscado refugio en iglesias que no tienen palomas, o bien han preferido quedarse bajo las estrellas.

(*) Profesor de Investigación